

perencia y de estudio que le guiase y le animase.

—Eso en Madrid,—solía decirme;—allí lo encontraré. ¡Y con él y mi amor... magnífico!

Y se restregaba las manos, satisfecho de aquella idea, con el entusiasmo y la confianza que prestaba á todas sus ilusiones.

VIII

Corrían malos vientos sanitarios por la ciudad. Aquel clima húmedo predispone atrozmente á las enfermedades; sobre todo á los jóvenes era repetida la predicación para ponerles en guardia.

—Cuidado con el clima; que hay mucha humedad; que los alimentos son poco nutritivos; que se enferma del pecho....

Las personas asustadizas no dejaban de regalar con tales observaciones á las familias de los pueblos, que enviaban sus hijos á la capital con el intento de hacerlos futuros médicos, notarios ó letrados y hasta seminaristas. Tales voces daban poquisimo gusto á las madres; pero es lo cierto que allí no se moría la gente, la gente joven incluso, más que en otra parte cualquiera.

De vez en cuando llegaba una de esas rachas

terrible que minan lentamente la población, pero de cuyos efectos no se hacía gran caso en fuerza de la costumbre, que ya es ley en las grandes ciudades. Una vez eran las viruelas, otra el tífus. Aquello era realmente endémico, y nadie se cuidaba de alarmar al vecino, si no es cuando la enfermedad subía de punto: entonces había inquietud por dos ó tres días, se tomaban algunas medidas de precaución; después de lo cual, todos volvían á su trabajo, como seguros de la impunidad, y continuaba normalmente el gran movimiento burgués é industrial de la población.

Pero aquel año la cosa tomaba otro aspecto. En las reuniones de confianza, y en las clínicas del hospital, algún médico solía decir en secreto que la salud pública no era muy buena. Teodoro llevó la noticia al café.

—Y ¿qué es ello?—preguntó Martín.

—Nada,—dijo el otro, tífus, fiebres cerebrales: dos ó tres cosas de que tú no entiendes pizca.

—¡Bah!

A Martín le tenía sin cuidado aquello: otras cosas le absorbían completamente. De un lado, sus estudios, la terminación de la carrera, el plan de cierta obra que le había de dar celebridad, la publicación de algunas *cosas me-*

nudas, como él decía, en cierto periódico ilustrado; de otro, su amor, su poema de amor, su idilio, fuente para él de energía y de actividad, acicate de grandes deseos y movedor de brillantes facultades.

El mismo Teodoro estaba admirado del cambio sufrido por Martín. Fué aquella su mejor época, el mejor período de la vida: á la vez se habían engrandecido y hermoseado su cuerpo y su inteligencia: se hizo robusto, fuerte, atrevido.... La imaginación levantisca, alborotada á lo Espronceda, de aquel muchacho, iba cediendo paso á la claridad y fijeza del raciocinio, á los atinados puntos de vista, á todo el despertar vigoroso de una inteligencia que se afirmaba, desenvolvía su complejidad, y, dejando la región de los sueños, se hacía á toda prisa apta la vida. Había logrado esto en poco tiempo, con aquella maravillosa facilidad de adaptación que poseía, asimilándose rápidamente las ideas, hallándose al punto como en su casa con el nuevo modo de ver y apreciar el mundo y la misión del hombre. Por una reacción que aún era fruto de su natural arrebatado, llegó hasta á odiar los versos.

—¡Eh! ¡Dejadme á mí de estas cosas! Es perder el tiempo.—Con la prosa transigía, pero nada de lirismo, ¿eh? La novela, y la

novela bien hecha, simple retablo de la vida real.

Teodoro hubo de rectificar su opinión.

—Me retracto,—dijo.—Este diantre de Martín ya no es un *bohémio*, ni un teórico, ni un soñador. Nada de eso. Llegará á ser un *esprit fort*, de seguro. Hasta en amores ha dejado su panteísmo idealista.

(Esto de los amores lo sabía Teodoro por un vecino de D.^a Carlota, que había visto á los chicos hablando alguna noche.)

—Después de todo,—concluía el mediquillo,—me alegro. Nos hace falta eso: menos parlanchines, menos poetas de la vida y más hombres prácticos. Pi y Margall lo dice: «Fundemos la revolución sobre una base filosófica, etc., etc.»

Martín no hacía caso de aquellos comentarios, y seguía dejándose llevar por la corriente nueva y deliciosa que le conducía al través de campos ignorados hasta entonces y llenos de un atractivo que él nunca imaginara.

De pronto se detuvo aquel movimiento. Esperanza estaba enferma. ¡Ah, pobrecilla! La noche anterior.... ¿cómo decirlo sin enternecimiento y sin cierto orgullo?... la noche anterior había salido al balcón, vacilante, acongojada, con una calentura que á Martín le pareció

altísima, los ojos brillantes, llorosos, pero haciéndose la valiente.

—¿Qué tienes?—preguntó él asustado.

—Nada, nada,—dijo ella. Y la piel le abrasaba, le temblaba la voz.

Como el balcón era tan bajo, Martín le tomó las manos y sintió miedo.

—¿Qué tienes?—repitió estrechando aquellos deditos finos, elegantes, que ardían con el fuego de la calentura.

—No sé: dolor de cabeza.

—¿Mucho?

—Sí,—dijo ella apoyando la frente en los hierros del balcón, como buscando el frío del metal.

Martín estaba violento, asustado. El pulso acusaba una aceleración bastante acentuada.

—Vamos, dime,—preguntó dando un tono mimoso á la voz y jugando con la pulsera de oro que aprisionaba la muñeca derecha de Esperanza.—¿Qué sientes? ¿Qué has tenido?

Esperanza no separaba su frente de los hierros. Le abandonó una mano, y con la otra se cogió también al metal frío. En medio de la agitación que la dominaba, traduciéndose en largas aspiraciones al parecer difíciles, contó lo que sentía.

Hacia algún tiempo que sufría dolorcillos de

cabeza. Por la tarde solía tener calentura. La comida, á veces, sentaba mal. Aquel anoche-
cer tuvo un vómito, poca cosa: la mareó un rato, y luego quedó tranquila. Pero el dolor de cabeza había aumentado; la calentura también. Su madre la hizo acostar, y estuvo allí, á su lado, hasta que le pareció dormida. «¡Ah! ¡Cree que no me dejaba en toda la noche, y no hubiera podido salir.»

Martín le estrechó la mano y dijo ansiosamente:

—Y ¿qué más?

—Nada,—concluyó ella.—He estado sin dormir esperando la hora, me he vestido.... No quería hacerte esperar. ¡Si vieras qué calor tengo! ¡Y, á pesar de todo, siento frío!

Martín no entendió bien esto. Una oleada de ternura, de agradecimiento, de amor, le subió á la garganta, medio ahogándole de alegría y de miedo.

—¿Por qué has salido?—dijo queriendo que ella repitiese aquellas palabras que á él le parecieron dulces como las de Julieta al despertar de su letargo.

—¡Ah!—exclamó ella con su ingenuidad de niña.—Por verte.

Y le miró con sus ojos grandes, que brillaban de un modo extraño.

El no supo qué decir. Estrechó aún más la mano que conservaba entre las suyas, y, al fin,

—Gracias, — murmuró. — Vete. Acuéstate. Necesitas descanso. No debías haber salido. Ve, cuídate; estando enferma no se hacen locuras. —Y para dulcificar aquel reproche que le dictó el miedo á la enfermedad, dijo, atreviéndose á alzar un brazo y á tocarle la frente:

—Estás ardorosa, nena. (La llamaba nena, aplicándole aquel llamamiento cariñoso que hacían á Mercedes.) Anda, acuéstate. Yo vendré mañana. ¿Me prometes cuidarte?

La hizo poner en pie, se despidió.

—Gracias, nena: me has hecho feliz; pero no juegues con la salud. Tranquilízate, cuídate. ¿Tienes miedo?

—No, —dijo ella precipitadamente.

Peró en sus ojos de niña se reflejaba un lejano temor á la figura de la muerte, que ella veía cerca, envolviendo en el sudario blanco las líneas rígidas de su visión de esqueleto.

Martín lo comprendió.

—No tengas miedo. Eso es nada. Pero no te abandones: acuéstate, tranquilízate. Ya sabes que te queremos, que tu madre y yo no tenemos otra cosa en la vida más que á tí.

La hizo entrar, cerrar el balcón. Aun la vió

otra vez detrás de los cristales y cambiaron una sonrisa. Luego él se fué, aturdido por el contratiempo que se le echaba encima, inquieto por la salud de aquella mujer que era su ilusión, y hasta dudando de si había hecho bien mandándola acostar.

—¡Pobrecilla! Ella lo ha hecho por cariño. La verdad es que hubiéramos podido hablar, consolarla... ¿Se habrá disgustado de lo que le he dicho? Pero yo debía haber obrado así. Su salud antes que nada. No la sacrifiquemos al egoísmo de charlar de amores.

Al día siguiente, Martín se presentó en casa de D.^a Carlota. Esperanza estaba en cama; y la pobre madre, aturdida, desesperada, con un miedo atroz de perder á su hija, lloraba en silencio, ejecutando las prescripciones facultativas de un modo automático, batiéndose con todas sus fuerzas contra la dolencia infame que rápidamente agravaba el estado de aquella pobre niña. Mercedes, siempre detrás de su madre, siguiéndola como la sombra al cuerpo, miraba muy seria, con algo de tristeza instintiva en su carita. En cuanto vió entrar á Martín, corrió á abrazarle.

—¡Tete! *Elmana* enferma, —dijo.

Martín la besó sin contestar, y corrió hacia D.^a Carlota, que salía de la alcoba.

—¿Qué hay?—preguntó.

—No sé, no sé,—murmuró la pobre madre, que se ahogaba en sollozos.—Esa chica...— Bajó la voz, y dijo con la pena profunda de una convicción dolorosa:—¡Se muere!

Martín se mordió los labios para ocultar la emoción.—No,—pudo decir, queriendo tranquilizar á D.^a Carlota. E instintivamente, adelantó hacia la alcoba.

—¡De ningún modo!—exclamó la madre deteniéndole.

—Sí,—replicó él con una audacia extraordinaria;—quiero verla.

—Ahora no,—suplicó D.^a Carlota.

—¿Por qué?—dijo Martín. Y recordando súbitamente lo que él era en aquella casa, un amigo, sencillamente un amigo para la buena señora, y por añadidura un mozo, casi un niño, sintió desfallecer su energía momentánea.—Como V. quiera,—concluyó.

Merceditas miraba la escena con ojos asustados. D.^a Carlota se inclinó al oído de Martín, y dijo dulcificando su voz más de lo que lo era naturalmente:

—No quiere que la vea V. así.

Maquinalmente sonrió él.—¡Ah!—pensó.— ¡La última coquetería, el último afán por no ofrecerme un espectáculo doloroso, feo!—La

palabra feo despertó otras ideas que le hicieron estremecer.—Estará mala, muy mala: se habrá desfigurado...—Y se estremeció con uno de aquellos movimientos nerviosos que en él producían las grandes emociones. Sin decir palabra, se sentó en una butaca y jugó con los grandes rizados de Mercedes, que se había refugiado junto á él. D.^a Carlota, á poca distancia, contaba, recogiendo la voz, los detalles de la enfermedad, el parecer del médico, las medicinas ordenadas. Martín oía con grande interés, y de pronto le asaltó un pensamiento doloroso. «¡Oh! El tenía la culpa, sí: tenía la culpa. La salida al balcón había agravado la enfermedad.» Y sintió otra vez, como en la noche anterior, aquella oleada de sentimiento que le subía del corazón y le producía cierta dejadez, como la de un naufrago cuando le invade la asfixia por falta de aire.

—¡Quiero verla!—dijo otra vez, adelantando hacia la alcoba. Y había en sus ojos tal expresión, que D.^a Carlota no supo oponerse.

Entró. Había poca luz, pero él vió perfectamente á Esperanza, hundida en la cama, presa de un estupor que la dejaba sin acción alguna, con algo de coma soñoliento. La cara, aquella cara sonriente, preciosamente hecha,

en que él se gozaba, tenía una alteración profunda. Martín palideció horriblemente. No servía él para aquellas cosas. ¡Dios mío, que mala debía de estar! La llamó suavemente, inclinándose sobre las almohadas.

—¡Esperanza!

Abrió los ojos, que tenía fuertemente cerrados, y miró á Martín fijamente, pero con algo de estupidez, como si la alteración trascendiese á la inteligencia, y no contestó. Estaba pálida, con las mejillas un poco violáceas.

—¡Esperanza!—dijo otra vez Martín. Y añadió enseguida olvidándose de que D.^a Carlota estaba delante y no encontrando otra frase á la mano:—¿Me conoces?

Hubo en la enferma un ligero movimiento que no espresaba nada. Martín calló, extraordinariamente afectado, sin saber qué decir más. La madre lloraba, y la enferma, como insensible á todo, parecía profundamente dormida: había vuelto á cerrar los ojos desde que Martín dejó de hablarle. El se estuvo allí mucho tiempo, sin decir nada, sin hacer nada, de pie, apoyado en una silla, sin pensar, mirándola con ojos de miedo y de atolondramiento. Doña Carlota le hizo volver en sí. Salieron, y Martín tuvo un movimiento espontáneo que le inclinó á echarse en los brazos de aquella madre, llo-

rar con ella, decirle que amaba á Esperanza, que se querían los dos....

No se atrevió. Sentado en un sillón estuvo largas horas, viendo salir y entrar á D.^a Carlota, al médico; oyendo allá, en la alcoba, quejidos, gritos, ruidos de vómitos, sin decidirse á nada, sufriendo con una calma pavorosa todos aquellos golpes de dolor que le herían aun más con su novedad, y que el agrandaba con la sobre-excitación imaginativa en que había caído. Sólo una vez se levantó: D.^a Carlota pedía socorro. Tuvo que sujetar uno de los brazos de Esperanza, presa de una agitación extraordinaria, desordenada, con delirio sobreagudo. Martín sintió algo inexplicable al apretar entre sus dedos la carne suave, joven, de aquella niña en cuya vida fundaba toda su felicidad: la piel era fina, blanca, más blanca aun entonces, dejando señalar perfectamente las venas en que la sangre corría agitada, dando golpes muy irregulares.... Cuando pasó el acceso, Martín volvió á su sitio, en el sillón, y allí estuvo hasta que D.^a Carlota, advirtiéndose por una casualidad de la hora que el reloj señalaba, le dijo en tono de cariñoso reproche.

—¿No va V. á comer?

—Es verdad,—murmuró Martín. Y salió sin

despedirse, prometiéndose volver al poco tiempo.

No comió: fué al café y tomó un refresco; luego una copa de *chartreuse*, que paladeó haciendo tiempo. Cuando llegaron Teodoro y Arias, no pudo contenerse y lo contó todo, sin ocultar la emoción que sentía dejando correr las palabras.

—¡Malo!—dijo Teodoro haciendo un gesto de disgusto.

Martín le miró fijamente, y, de pronto, levantándose, preguntó muy decidido:

—¿Vienes?

—¿Dónde?—dijo Teodoro.

—Allí: tú entiendes de eso: la salvarás...

En otra otra ocasión Teodoro, se hubiera reído; pero quería sinceramente á Martín, á pesar de su carácter burlón que le llevaba á criticarlo todo, y comprendió la seriedad del caso.

—Luego,—dijo haciéndole sentar.—Deja que concluya el café.

Y procurando distraerle, alegó, con razones muy disfrazadas, su ineptitud. «El no podía con ciertas cosas: era un estudiante, y la gravedad aquella...»

Realmente Teodoro sentía un miedo feroz de verse frente á un enfermo tal como decía Mar-

tín de Esperanza; y sintiendo ya sobre sí toda la tremenda responsabilidad del caso, sus humillos pedantescos se trocaron en modestia exagerada. Sin embargo, no logró calmar á Martín sino prometiéndole que iría luego, más tarde. Fiado en esta promesa, y algo convencido por las razones de Teodoro, Martín lo dejó en el café y volvió á casa de D.^a Carlota. El mermado consejo comentó, durante toda la tarde, la desgracia de su compañero. Arias recitó, con relación al caso, *Le jeune malade* de Chénier. También salió el final de *La Dame de las Camelias* y el de *Rafael* de Lamartine.

En casa de D.^a Carlota la turbación era grande. Martín se encontró con la sala llena de vecinas que habían ido á consolar y ayudar á la pobre madre. Aquello le disgustó. ¿A qué venía tanta buena señora? A estorbar. Porque en las penas estorba todo: deben pasarse en familia, á solas...

Merceditas corrió hacia él: estaba palidita, asustada de aquel trastorno, medio embobada, sin comprender del todo lo que ocurría. Doña Carlota permanecía en la alcoba, junto á Esperanza, velando todos los movimientos de la enferma que se iba, se iba rápidamente. Una de las vecinas quiso impedir que Martín en-

trara: él la rechazó con alguna dureza.

—¡Déjeme V. en paz!—le gritó.

Y la otra asustada, no supo replicar.

D.^a Carlota estrechó nerviosamente la mano de Martín.

—¿Cómo está?—preguntó él en voz baja.

Y la madre, ahogando los sollozos, dijo:

—¡Se muere, se muere!—con una convicción desesperada que daba miedo.

Martín se fijó en Esperanza. El color violáceo de las mejillas había aumentado; los ojos, extremadamente abiertos, mostraban una dilatación excesiva en las pupilas; la respiración era muy lenta; y el cuerpo, rígido, delgado, dibujando rudamente sus formas netas bajo las sábanas, yacía en una insensibilidad alarmante. Martín se atrevió á cogerle una mano: parecía muerta, pero el pulso era muy frecuente. Por un momento estrechó aquella mano huesosa, fina, que no respondía como otras veces á las caricias de los dedos. Volvió á ahogarle aquel exceso de ternura en que se desbordaba todo su temperamento nervioso y todas sus tendencias románticas. Pensó en la muerte, en el abandono en que él, Martín, iba á quedar, en el vacío de la vida una vez desaparecido aquel amor, el único que le había hecho sentir algo fuerte, algo duradero, y que

le había traído felicidad; evocó rápidamente, por una asociación de imágenes muy natural, los cuadros risueños de su idilio; y de pronto, como movido por algo irresistible, inclinó el cuerpo y besó aquella frente pálida, sobre la que caían, desordenados, los rizos negros que agradaban tanto á Martín. Luego salió precipitadamente de la alcoba y fué á dejarse caer en un sillón, donde se le unió Merceditas, que buscaba en él un refugio, alguna caricia de las que no encontraba ya en su madre.

D.^a Carlota no dijo una palabra. Sintió el beso, que sonó apagado, respetuoso; y con la perspicacia de madre vió en un momento todo lo que allí había, comprendió aquel amor ¡ay! que hacía aún más dolorosa la muerte de su hija.

Pero qué, ¿moriría? Vagó un momento por la casa con esta idea, que la ahogaba apretándole el corazón. Enseguida volvió á Martín. ¡Cómo sufriría el pobre muchacho, nuevo en aquellas lides del dolor, ilusionado con aquel cariño que quizás era grande, era sincero! El beso no escandalizó á D.^a Carlota: ella no era mojigata, y comprendía aquel arranque de sensibilidad. Todo el cariño que sentía por Martín, cariño de simpatía, renació entonces en otra forma, y le saludó interiormente como

hijo, uniéndose á él, con ese egoísmo que produce la desgracia, por el lazo fuerte del dolor común. ¡Oh sí! Ella prometía que si Esperanza se salvaba.... ¡Qué salvarse!

En un acceso de ternura y desesperación, estrechó frenéticamente el cuerpo de su hija, la llamó besándola, cogiéndole la cara para despertar su atención, queriendo reanimar aquel organismo que lentamente, por grados, iba cayendo en el coma, última escena, muda y terrible, de aquella tragedia del hogar.

Dos de las vecinas oficiosas que se atrevieron por fin á entrar en la alcoba, visto que Martín había salido, arrancaron á D.^a Carlota de aquella peligrosa excitación. Se la llevaron fuera, á una habitación interior, mareándola con sus consuelos, sus reflexiones, sus ofrecimientos de fórmula, que muchas hacían por el solo placer de mangonear en la casa y ser dueñas por un rato. Quedó una en la alcoba para atender á la enferma, y Martín tuvo tentaciones de entrar.

Pero no se atrevió: sentía miedo, un miedo extraordinario y una dejadez que le hundía en el sillón, sumiéndole en la inmovilidad más estúpida, sin enterarse más que á medias de lo que ocurría, viendo pasar á las gentes como á través de una gasa tupida. Así estuvo toda

la tarde. Vió llegar al médico, y con él volvió D.^a Carlota; sintió como se iban algunas vecinas.... El silencio reinó en la casa: sólo se oía el murmullo irregular, interrumpido, á grandes intervalos, del médico que hablaba allá dentro. Cuando salió, Martín fué hacia él. Con una entonación estúpida, como bobo, le preguntó por la enferma. El médico era un señor ya viejo, muy feo, pero simpático. Miró al joven con cierta extrañeza por aquella turbación extraordinaria; y, volviéndole la espalda para dulcificar la noticia, dijo echando á andar:

—¡Mal!...

Y al llegar á la puerta, como recordando algo que importaba, añadió secamente:

—Que la administren.

Fué al anoecer. La turba de vecinas había vuelto á invadir la casa. Las conversaciones seguían en voz medrosa, produciendo la ilusión de un templo con el cuchicheo de las beatas. Habían adornado un poco la alcoba y la camá. Martín, en un rincón, arrodillado vió entrar al sacerdote revestido, muy serio, según convenía á las circunstancias, y murmurando latines. La ceremonia de administrar los óleos duró mucho tiempo, según le pareció á Martín.

Luego pasó todo. Las vecinas se fueron: sólo

dos, más testarudas ó quizás más penetradas del caso, permanecieron allí, en la sala, charlando en voz baja, prontas á prestar auxilio cuando preciso fuera. Martín volvió á su sillón. Ya no tenía ni á Merceditas: la niña estaba dentro, en la cocina, cenando de lo que la criada había arreglado de prisa, sin humor de confeccionar guisotes.

Ya tarde, apareció D.^a Carlota. Estaba desfigurada de tanto llorar. Vió á Martín y fué hacia él.

—¿No se va V. á descansar?—dijo.

—¡Yo!—exclamó él como asombrado de que le preguntasen aquello.

—Es tarde,—replicó D.^a Carlota.

—Mejor,—dijo él alzando los hombros.

Y viendo en la mirada de D.^a Carlota una corriente de cariño y de agradecimiento, le cogió una mano y se la estrechó vivamente. Luego volvió la cabeza para no verla llorar.

Allí se estuvo toda la noche, durmiendo á ratos, vencido por la fatiga y la necesidad de reposo, pero despertando muchas veces sobresaltado, víctima de un sueño horrible. Entonces, con los ojos medio cerrados, miraba curiosamente á su alrededor, penetrándose del velo de muerte que invadía la casa.

Le habían dejado solo en el gabinete, casi á

oscuras, porque el quinqué tenía poco petróleo y alumbraba mal, sumiendo en sombras la habitación. Martín se complacía en aquella oscuridad. Desde allí, sin que nadie le molestase, asistía como de incógnito al drama que se iba desarrollando allá dentro.

Oía en la sala el ronquido suave de una de las vecinas, y á veces los pasos cuidadosos de la otra, que iba de aquí para allá. En la alcoba también sonaban ruidos ahogados, y más hondos; en la cocina, choques de vasos y murmullos de voces, velados, oscuros, como si se oyeran á través de un muro espeso; y de pronto, cesaba todo, y sólo quedaba el ruidito monótono de la sangre, que en el silencio dejaba oír sus golpes en las arterias de la cabeza.

Al amanecer entró en el gabinete D.^a Carlota. Martín, que acababa de despertar, quiso levantarse. Ella no le dejó: se sentó junto á él y rompió á llorar. Martín no sabía qué hacer: nunca se había visto en casos tales. Sentía toda su debilidad, toda su inexperiencia de la vida que le embarazaba, matando en él las más felices disposiciones. ¡Ah, si se tratase de contar aquello! ¡Qué lujo de color, de detalles, de pesimismo derrocharía! Pero pasarlo, eso de pasarlo, ya era cosa más fuerte. No sabía qué decir. Sólo se le ocurrió murmu-

rar:—¡Calma, calma!—Pensó en hablar de la muerte, de lo natural que era; en fin, algo filosófico, de aquellas filosofías que él estudiaba. Pero ¿á qué? ¿servían para algo? No, de fijo que no, porque él mismo estaba que se le podía ahogar con un cabello. Si, vaya usted á una madre con filosofías: ni á él, ni á nadie.

Sintió un profundo disgusto de la ciencia, que no curaba nada ni consolaba lo más mínimo.

Luego pensó en confesarle á D.^a Carlota sus amores. Era lo natural unirse á la madre en aquella ocasión, mostrarle hasta qué punto estaba identificado con ella, sufrir la desgracia juntos. Pero ¿cómo? Tenía miedo, vergüenza, sobre todo vergüenza de enter necerse y llorar allí como una mujer.

—¡Calma, calma!—repitió.

Y luego, por decir algo, hizo la pregunta de siempre.

—¿Cómo está?

A él le parecía aquello estúpido, pero no se le ocurría otra cosa.

Y la pobre madre no sabía contestar más que su eterno gemido, lúgubre, de convicción dolorosa.

—¡Se muere, se muere!

Algo más tarde, la criada llamó á Martín. Le hicieron comer algo, no atreviéndose á decirle que se fuera. D.^a Carlota no disponía nada, no estaba para esas cosas.

Aquello duró unas horas más. Con el día volvieron las vecinas, las amigas, el médico. Martín, desmadejado, rendido, con los ojos soñolientos, la cabeza despeinada, trató de hacer algo. Aun entró en la alcoba, pero salió al instante. La cara de Esperanza estaba desfiguradísima, daba miedo.

A la hora de comer quedaron solos nuevamente. La criada los llamó para que tomasen algún alimento. D.^a Carlota no quiso dejar á su hija; y Martín, sin ganas, tuvo que ir al comedor para apaciguar á Merceditas que chillaba pidiendo sopa. De pronto sonó un grito allá dentro: corrieron, y en la puerta de la sala Martín tropezó con D.^a Carlota, que salía llorando, mesándose los cabellos. Se abrazó á él, y allí, sobre su hombro de joven, derramó aquellas lágrimas de madre que humedecieron la espalda de Martín con su agua caliente, ardorosa. A él le pareció que tenía entre sus brazos el cuerpo inerte, pesado, de la muerta; sintió todo lo profundo del mal sufrido; y otra vez, más fuerte, más acentuada que nunca, le subió aquella angustia, aquella oleada de ter-

nura, de sentimiento, que le ahogaba apretándole la garganta y escociéndole en los ojos.

IX

Fué un golpe mortal para Martín. Durante muchos días no salió de casa, sumido en la inacción más absoluta, sin estudiar, ni leer, ni hablar siquiera. Echado en la cama, amodorrado por aquella posición uniforme que le producía una soñolencia enfermiza, hacía por no acordarse de nada, cerrados los ojos á la luz menos cuando distraía la mirada observando las nubecillas azuladas del humo del cigarro, que ahora se daba á fumar desesperadamente.

Teodoro le hizo algunas visitas que él no le agradeció. Le molestaba la gente, la conversación, todo. ¡Vaya, que á él le importaba si la política iba á derechas, ó en el Ayuntamiento se arañaban, y hasta si se publicaban libros nuevos! No, señor: aquello había concluído. El otro contaba multitud de cosas, le leía periódicos: una tarde le llevó al amigo Arias, que se iba catequizando positivista y recitaba versos de Mme. Anckermann, entreverados de

párrafos y reflexiones filosóficas sobre la muerte y la vida. Teodoro habló también por aquel entonces de un libro sobre el asunto de *La Muerte*, que había publicado en París un español.

—¡Sí, señor, en París, y en francés!—decía el mediquillo dando grandes voces!—El autor ha tenido que traducir su libro y publicarlo allá. Aquí no se protege la ciencia.

Martín llegó á pedirle el libro: las recientes lecturas filosóficas habían hecho peso en su ánimo y creyó encontrar consuelo en aquellas doctrinas.

—Advierto que es positivista el autor,—dijo Teodoro.

—¡Bueno!—contestó el otro, para quien era indiferente lo de escuelas y partidos

—¡Ah! Entonces....—concluyó Teodoro.

Y le llevó el libro, que Martín encontró muy bien escrito, pero que no daba consuelo. A lo menos á él le dejaba tan dolorido como antes: era aquello muy frío, muy razonable y no estaba él para razones. Devolvió el libro sin concluirlo y continuó su vida misantrópica, triste, sin hacer el menor esfuerzo para salir del marasmo, de la casi estupidez en que había caído.

Por las noches, después de cenar, iba, ocul-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

tándose de las gentes, por las calles más oscuras y excéntricas, á visitar á D.^a Carlota. ¿Para qué? Ni él lo sabía. Era una costumbre y como una complacencia que sentía en reforzar constantemente el recuerdo vivo, palpitante, sobre el terreno, de aquella desgracia que les anonadaba.

La pobre madre sufría dolorosamente con tenerlo al lado, recordando más aún á su hija y soñando en aquel amor que hubiera sido la felicidad de su vejez. El, á la vista de todos aquellos objetos de la casa, tan familiares, que aún parecían exhalar el perfume de flores con que los engalauaba Esperanza, sentía también renovarse el dolor de la muerte, que había echado sobre él el luto eterno de la felicidad desvanecida. Y, sin embargo, sentía un gozo feroz, un placer extraño en reforzar el dolor, en abismarse en la pena, espoleando los recuerdos, evocando intencionadamente los detalles más íntimos del idilio pasado. Revolvía frases, repetía conversaciones, suscitaba memorias, empeñado en aquella lucha loca de abrumarse á fuerza de sentimiento. Con doña Carlota apenas hablaba: permanecían el uno junto al otro, sin mirarse apenas, procurando no hacer el menor ruido, como si estuviesen oyendo alguna música lejana cuyos

sones llegaban con vaguedad. La luz amarillenta del quinqué alumbraba mal la escena, envolviendo el conjunto en una tinta gris casi uniforme, en la cual eran manchas más oscuras los trajes negros de luto. Martín se había vestido de luto: fué un capricho de que no hubo quien le apeara. Quería demostrar al mundo con algo externo, palpable, toda la pena de su alma.

Hacia las once de la noche se despedía de D.^a Carlota. Era breve: un apretón de manos, una mirada triste y *adios*. Antes de salir entraba en la alcoba donde dormía Mercedesitas. Miraba á la niña, que respiraba suavemente, con la boquita entreabierta, como sonriendo, y con los bucles rizosos regando la almohada. En una silla, tirado al descuido, estaba el vestidito negro, de percal, que exhalaba un olor acre de tinte. Martín se inclinó sobre el rostro de la niña: tenía todos los rasgos, todas las facciones de la otra, que parecía reflejarse allí como en una miniatura. Martín se acordó de un retrato de niña que Esperanza le había enseñado pocos días antes de la enfermedad: era ella, exactamente ella, cuando tenía poca más edad que Mercedesitas.

En su casa, Martín continuaba la misma vida: inacción absoluta. Teodoro tuvo una frase feliz:

—Chico, haces el turco como Zola,—le dijo viéndole fumar echado sobre los colchones. Martín se sonrió tristemente. Tenía en la mano un libro que aquella misma mañana, súbitamente, había tenido deseos de leer. Era de Murger, el indispensable tomo de Murger; *Scènes de la vie de bohème*. Teodoro se alegró.

—¡Hola! ¡Buen síntoma que leas eso!—exclamó.

—¿Por qué?—dijo Martín enseñándole el capítulo que leía. Teodoro reformó su juicio: era *Le manchon de Francine*, aquella historia sencilla y melancólica del bohemio Jacobo y de *Francine*, la modista que muere tísica.

—¿No te parece que yo soy Jacobo?—preguntó Martín.

Y luego añadió tristemente:

—¡Oh, juventud mía! ¡Tú eres la que has muerto!

Nunca dijo mayor verdad. No era, no, aquel afán por la vida práctica, aquel despertamiento de sus facultades positivas, el fondo y el alma del amor de Martín. La savia de aquel cariño fué la juventud con todas sus hermosuras, sus entusiasmos, sus idealidades, sus melancolías, que Esperanza evocó en él é hizo

vivir de modo enérgico. El gran secreto de la felicidad que encontró Martín en el amor, de los sentimientos nuevos que le produjo, es que con él fué por primera una vez, cuando menos lo esperaba, joven; y vió en el mundo aspectos ignorados hasta entonces para quien, como Martín, vivía en una esfera intelectual de fantasmas, falsa y brillante; y empezó á comprender la vida, á saber que hay otro mundo más real que el mundo de imágenes de los libros en que él se había engolfado antes. Como Anteo, Martín cobró nuevas fuerzas al chocar con la madre tierra, la realidad hermosa y rica, que siempre nos guarda alguna sorpresa coloreada con la tinta hermosa de lo que vive y se agita y cambia.

Teodoro, tratando de disuadirle de aquella idea, hubo de recordar todas sus primitivas observaciones acerca del carácter y del talento de Martín. Aquel mismo día comunicó sus conclusiones con Arias.

Decididamente aquello estaba perdido. El hombre *práctico* se iba, se iba á toda prisa: y volvía el soñador, el romántico, que no se aviene con los tropiezos de la vida ante ellos; y se dobla el bohemio, en fin, sí, señor, el bohemio puro. Ahora lo era más que antes. Todo el esplendor súbito que les había asombrado,

aquel renacimiento hermoso y como evocación provechosa de las facultades de Martín, moría para no volver. Sin duda alguna, Martín no se levantaba más: no sería ya nunca otra cosa que un diamante en bruto. Y Teodoro acentuó la frase:—Sí, señor: un diamante en bruto; mucha potencia y cero en resultados.

¡Ah! ¡Y tenía razón! La causa que despertó en Martín el deseo y el ardor del trabajo, del trabajo firme que aprovecha, había muerto; y todos los sueños de vida práctica, todo el afán de saber profundo positivo, morían también, perdiéndose de nuevo en la idealidad vaga, brillante como los fuegos de pólvora, pero que se resolvía al fin en humo, aplastada por la pesadumbre brutal de una contrariedad abultada á lo infinito. El lo comprendió así:

—Esto se va,—me dijo un día señalándome sus libros.—A cantar otra vez. Libertad absoluta: *lo primero que salte á la mollera.*

Y así fué. Aquel año concluyó la licenciatura y marchó á su pueblo con ánimo de encerrarse en él, de ser quizás un *Rafael* como el de Lamartine. Creo que no se despidió de doña Carlota.

Al poco tiempo, nadie se acordaba de él. Desapareció como había venido. Empujado un momento por el amor en el camino en que es-

taba llamado á ser algo útil y grande quizás, desenvolvió fugazmente todas las energías pasionales de su alma. Luego, toda aquella brillantez se borró de pronto, quedando sólo el hombre de rápida intuición que adivina lo grande, pero que no puede llegar á ello por falta de estímulo, de energía y de constancia. Prevaleció el elemento emocional, la influencia de raza y de clima. Aquel primer carácter que las lecturas encendieron más vivamente, se enseñoreó de todo, matando en su principio de vida el florecer robusto de una inteligencia excelente, pero mal educada, en que el sentimiento lo era todo, desarrollado de una manera falsa, enfermiza, sin nada de la fortaleza sana que da la conciencia de lo real, la apreciación exacta de las cosas de la vida. Lo que decía Teodoro:

—Un bohemio, desengánense Vds.

Ultimamente se ha sabido que Martín es secretario del Ayuntamiento en su pueblo natal. Arias también asegura haber leído unos versos lacrimosos firmados por Martín. No tiene nada de particular.

Y, sin embargo, como concluía Teodoro al hablar de aquel chico:

—Es una lástima, porque prometía.